

# LA FRANCIA RELIGIOSA

CONFERENCIA A BENEFICIO DE LA CRUZ ROJA FRANCESA

Z. AURORA CÁCERES

(Evangelina)



PRECIO \$ 1

LIMA

Tip. y Encuadernación de la Penitenciaría

1917

# LA FRANCIA RELIGIOSA

CONFERENCIA A BENEFICIO DE LA CRUZ ROJA FRANCESA

Z. AURORA CÁCERES

(Evangelina)



PRECIO \$ 1

LIMA

Tip. y Encuadernación de la Penitenciaría

1917

## LA FRANCIA RELIGIOSA

### TEMAS DE LA CONFERENCIA

—•••••—  
Introducción.—La Francia de la edad media—La francesa es católica.—Los Reyes Cristianísimos.—Los Cruzados—Juana de Arco.—La Iglesia Católica protectora de las letras.—La piedad del ejército y de la nobleza.—La República teme al catolicismo.—Expulsión de las Congregaciones—Falso concepto de la Francia en el extranjero—Literatura mercantil—Actual reacción religiosa—La guerra ha evidenciado el sentimiento religioso del pueblo francés.

# CONFERENCIAS

DADAS POR LA AUTORA

EL ORO DEL PERÚ

Sorbonne (París)

ZULOAGA PINTOR ESPAÑOL

Universidad Mayor de San  
Marcos [Lima]

PINTORES COLONIALES

Liceo Guadalupe [Lima]

DAMAS FRANCESAS

Liceo Fanning [Lima]

POETAS JOVENES

Confederación de Artesanos  
[Lima]

ESPAÑA EN LA POESÍA DEL PERÚ

Ateneo [Madrid]

# OBRAS DE LA AUTORA

## PUBLICADAS:

MUJERES DE AYER Y DE HOY	(Historia)
Prólogo de Luis Bonafoux	
OASIS DE ARTE	(Viajes)
Prólogo de Rubén Darío	
LA ROSA MUERTA	(Novela)
Prólogo de Amado Nervo	
LAS PERLAS DE ROSA	„

## EDITADAS POR GARNIER HERMANOS

## EN PREPARACION:

PERFILES LITERARIOS	(Crítica)
PINTURA NACIONAL Y ESPAÑOLA	„
CAMPAÑA DE LA BREÑA	(Historia)
(Historia de la guerra nacional de los años 1881—1882 y 1883)	



## LA FRANCIA RELIGIOSA

Conferencia dada por la Señora  
Zoyla Aurora Cáceres (Evangelina)  
(Conferencista en la Sorbonne)  
En el Teatro Femina, de Lima, en  
el Fénix, de Arequipa y en el  
"Cine Arequipa"

## Prólogo

---

Entre las páginas sugeridas por la admiración hacia la actitud de Francia frente al ataque de que, imprevista y bruscamente, la hizo objeto Alemania en 1914, las que contiene este libro se abrirán paso por lo generoso del móvil, lo atinado del fondo, lo elegante de la forma y, sobre todo, lo oportuno del tema.

La literata peruana, hija de nuestro ilustre soldado General D. Andrés A. Cáceres, ha permanecido largos años a orillas del Sena, penetrándose del ambiente de actividad mental y refinamiento artístico que lo cubre. Alumna primero y Conferencista después en la Sorbona, discípula al principio y amiga en seguida de personalidades del periodismo contemporáneo, colaboradora tímida un día, solicitada a poco en la prensa periódica, autora, por último, de libros de imaginación y de crítica, de viajes y de historia que han prologado Luis Bonafoux, Amado Nervo y Rubén Darío y gustado con avidez miles de lectores, ha recibido de la delicadeza del cincel galo lo que más se agradece en la vida: la preparación del espíritu para remontarse, bajo la atracción del ideal, a las esferas en que se siente y produce la belleza.

## II

Por eso desea, hoy que Francia sufre, contribuir a calmar su dolor; hoy que Francia llora, unirse a los que enjugan sus lágrimas; hoy que tumbas de hijos de Francia llenan las antes risueñas y pingües comarcas de Flandes y el Artois, de la Champaña y la Lorena, poner también ahí la frescura de sus rosas.

En la autora, el procedimiento literario es la mujer. Para dominar su asunto, no se entrega a investigaciones detalladas, a observaciones profundas, a lecturas extensas. Recoje sus datos con rapidez, que no excluye, por supuesto, un fino discernimiento; y los analiza con gracia. Hojea, aristocráticamente, libros. Los manuscritos, tocados de amarillo por la edad, acaso laborados por antipático roedor, prodúcenle el engrimiento del desvfo. La vivacidad y ductilidad de su talento, todo lo depura e ilumina. El hecho aparece, al fin, sin muchos antecedentes cronológicos, ni inatacable consistencia filosófica; pero neto, tangible, hermoso. El estilo reviste una fácil ondulación, que esmaltan imágenes semejantes a las perlas por lo sobrias y selectas.

La República, que salvó a Francia en la crisis externa e interna de 1870 a 1871. le devolvió su sitio al lado de las primeras potencias, le creó una nueva dominación colonial, le aumentó las riquezas fiscal y privada y tuvo la previsión de aliarla con Rusia e Inglaterra, incurrió, en la época de los ministerios de Waldeck-Rousseau y de Combes, en el error de colocar sobre el tapete político una cuestión, que, como la religiosa, conviene que se halle siempre lejos de él. Los Estados modernos reposan en la base única de la libertad. Resulta, pues, contradictorio y absurdo privar de su calor y sus beneficios a un grupo de ciudadanos o de residentes porque profesan determinadas creencias. Así se pierde el derecho para combatir, por ejemplo, a la Inquisición. Y el error sube de punto cuando, en el engranaje de los sucesos, comienzan a diseñarse los atentados contra la individualidad y

### III

la propiedad que obligan a salir de su patria a elementos respetables y valiosos, ciegan fuentes de saber, moralización y consuelo y desvirtúan o destruyen incomparables y seculares manifestaciones del arte y de la ciencia, en las múltiples ramas que ambas comprenden.

Tales fueron los atropellos cometidos a nombre de esa libertad de que hablara Madame Rolland al presentar su noble cabeza ante la befa de la multitud, y tales el virus inoculado en el organismo de la nación y la inquietud esparcida en los corazones, que, más de una vez, hubiera sobrevenido una catástrofe, si las herencias políticas de los Orleans y los Bonaparte reposasen en hombros dignos de sostenerlas.

¿Qué querían Combes y Waldeck—Rousseau? Sencillamente, un pueblo sin Dios. No solo nunca ha existido en el pasado, sino que ni Gladstone en Inglaterra, ni Bismarck en Alemania, ni Gortchakoff en Rusia, ni Cavour en Italia, ni Canalejas en España, hubieran pretendido que existiera jamás. Suprimida la idea divina, surge la fiera humana, la de las matanzas setembristas de Danton, la de la pluma repugnante de Marat, la de la guillotina insaciable de Robespierre, la de la mascarada sanguinaria, alcoholizada y petrolera de la Comuna.

Los pensadores, reflexivos e ilustrados, de todos los países, reconocen que Francia, desde sus orígenes, hasta cada una de las repetidas y graves vicisitudes de su historia, debe al cristianismo sus mejores inspiraciones, sus permanentes conquistas y sus deslumbradoras magnificencias. El actual despertar religioso, ha revivido, en las mujeres, a Juana de Arco, y a Duguesclin y Bayardo, Turena y Condé, Guisa y Villars en los héroes del Marne, del Iser y de Verdun. Francia ha encontrado su viejo e inflexible punto de apoyo, y no desaparecerá.

Zoyla Aurora Cáceres, que ha hecho muy bien en trabajar por la gran nación latina, se encuentra, ahora, en el caso

#### IV

de trabajar por su nativo suelo. Como la Antígona de los griegos, o la hija de San Martín en Boulogne—sur—mer, ella, compañera de la ancianidad gloriosa de su padre, es la llamada a coadyuvar a que se trasmitan a la posteridad las Memorias acerca de la última resistencia al invasor chileno, en los picachos y desfiladeros, en las planicies y en las abras, verdaderamente dantescas, de los Andes.

Tiempo es de que ate los laureles de la gentil escritora, una cinta con los colores de la bandera del Perú.

*J. A. de Izcue*

*Lima, 1917.*





SEÑORAS, SEÑORITAS, SEÑORES:

No puedo principiar a leer estas líneas sin declarar antes que en mi actuación de conferencista, jamás me he sentido tan cohibida y atemorizada cual lo estoy ahora; no ciertamente por el público limeño, de cuya benevolencia y tolerancia para mi labor literaria, desde luego ajena de toda presunción, ya en otras ocasiones he recibido estímulo alentador y grato; sino por el triste acontecimiento que motiva esta conferencia y la horrenda hecatombe que forzosamente recuerda.—Se puede decir que en la hora actual, la humanidad está escribiendo un libro nuevo del cual sólo conocemos el epílogo con su tristeza infinita, con su cortejo atormentado de horfandad inusitada y con la desolación indecible de los que se aman y a quienes la muerte abre un paréntesis en la vida, siempre de infinita duración para el que sufre.

El libro de la guerra es cruel y descarnado; nos enseña como la humanidad siente las sensaciones formidables del heroísmo y de la muerte. Sus páginas encierran todas las pasiones: la ambición, el odio, el sacrificio, el dolor, el martirio; todo menos el amor.—Gran asombro ha debido causar a los espíritus pacifistas la catástrofe de sangre que tiñe a casi toda la Europa; acontecida justamente en una época en la que se creía en el derecho internacional como en una fuerza; en el arbitraje como en una solución, en el pacifismo como en un sentimiento capaz de influir en los corazones recalcitrantes; cuando había llegado el hombre al colmo de las aspiraciones benévolas, y forjádose un nuevo sentimiento antes desconocido: el antimilitarismo.

Si bien es cierto que nunca pudo prescindir la humanidad de pagar el tributo de la sangre; también es evidente que conflagración tan formidable como la actual, no la conocía aún la historia.—La corneta heráldica de la tragedia humana nunca anunció un combate de tal magnitud, cual el de hoy, que tiene en suspenso la felicidad mundial, con su visión, horriblemente tétrica, de gloria y destrucción.

Esta conferencia se concreta a manifestar cuáles son los sentimientos de la Francia católica, y el espíritu noble de sus mujeres ante la desgracia de la nación.

Si de preferencia he de enviar a la Cruz Roja francesa el óbolo, con que la generosa sociedad limeña, ha tenido a bien favorecerla, a ello me obliga la bondadosa hospitalidad que me dispensaran en París.

En las ambulancias se encuentran hoy los señores que me ofrecieron su amistad, dándome así ocasión, al abrirme las puertas de sus hogares, para desautorizar la leyenda de exportación que exhibe a la francesa con la superficialidad del placer que reniega de la virtud. Al frente de la línea de combate, en las trincheras, están los profesores a cuya enseñanza y benevolencia para con todo el que acude al centro universitario, debo mi vida intelectual.—Con el rifle en las manos, acaso en una camilla o en la tumba anónima del parapeto, se encuentran mis amigos de estudio, alegres camaradas cuyas energías, que nunca desmayaron, fueron estímulo y sostén en las timideces propias de todo extranjero que siente la nostalgia del hogar.

Tal vez en el sepulcro laico del campo de batalla yace el cura de mi parroquia, el joven sacerdote que con austeridad en el semblante y bondad en el alma, solía darme en la misa dominical el pan bendito.

Son estas añoranzas del pensamiento y del alma las que me mueven a dar esta conferencia en la que muy poco representa mi labor; pero mucho sí, la piedad de la sociedad de Lima, para con una institución cual la Cruz Roja, que simboliza el gran baluarte del Cristianismo.

Esta actuación demostrará, tan sólo, que no somos indiferentes ante la gigantesca catástrofe, ante la formidable tragedia, ante el llanto de millares de mujeres que hoy cubren sus rubias cabellera con la lobreguez de los fúnebres crespones; ni ante la sangre heroicamente

derramada por los hombres: tal vez con la esperanza del triunfo; tal vez con la resignación del sacrificio.

No quisiera que el hecho de haber preferido a la Cruz Roja Francesa, como objetivo de esta conferencia, se interpretase equivocadamente suponiendo que abrigo odio hacia pueblo alguno; porque ante la camilla del moribundo o ante el cadáver insepulto, los católicos no tenemos otro sentimiento que el del amor al prójimo.—Así lo atestiguan el ardor evangélico del misionero y la abnegación imponderable de la humilde religiosa que lanza a la intemperie del campamento las alas púdicas de su toca inmaculada.

### LA RELIGIOSIDAD EN FRANCIA

Voy a hablaros de la Francia religiosa, no como lo haría un dómine sabio y escolástico, sino amablemente, cual a ello incita París, la ciudad galante, el cenáculo que alberga la vida pasional: ya sea la del misticismo santo, la de la belleza reinante, la de la alegría de la vida, o la del amor soberano.

Tratando el tema religioso es casi imposible prescindir de la mujer, puesto que a ella incumbe preparar al niño desde la cuna, enseñándole los sentimientos de piedad y de moral que han de ser su baluarte en la madurez de la vida.

A principios de la República, una mujer figuró con prestigio en la política: Juliette Adam, tuvo ese mal gusto, lo que no sorprende puesto que se dejó influenciar por el ambiente que vivía. Su esposo Adam, era un alto funcionario político.

Esta ilustre escritora, que en su juventud fué ardiente republicana, después, en la ancianidad venerable de que hoy goza, se arrepintió de la labor realizada. Juliette Adam, a pesar de las condiciones de cálculo y de frío razonamiento que la política requiere, conservó por fortuna, su alma de mujer; así, cuando el Gobierno Francés, no hace mucho, dictó medidas contrarias a las órdenes religiosas, la oí lamentar con tristeza el despojo de que fué víctima la Iglesia, pues ingenuamente se creía culpable por su labor de otro tiempo.

Es lo cierto que esta medida inspirada en los mejores sentimientos de virtud cívica, lejos de ser mirada con agrado por la Francia, causó

profunda sensación, a tal extremo, que los motines se producían casi diariamente, y se necesitó usar de un enérgico rigorismo para contenerlos.

Si la antigua nobleza o el ejército se hubiesen propuesto enarbolar el estandarte revolucionario, no me parece atrevido presumir que la guerra civil hubiese surjido en Francia ¡Tan profundamente se sentían heridos los corazones católicos!

De este justo sentimiento de protesta fueron heraldos, que lo proclamaron con el pregón de su fama, notables escritores como Maurice Barres, Paul Bourget y el Conde de Pomairélos, entre otros defensores espontáneos de la Iglesia Católica.

Esa medida injusta, aunque erróneamente inspirada en el bien de la nación, hubo de ser fatal al fin propuesto de favorecer al profesorado laico; porque admitiendo todos los defectos que se imputan a las organizaciones eclesiásticas, jamás el altruismo del institutor civil, puede igualar al religioso, que actúa con el celo que sólo la mística vocación inspira. Las órdenes religiosas de enseñanza emigraron y con ellas las madres se separaron de sus hijos y los enviaron al extranjero.

Es lo cierto que esta medida evidenció el poder del sentimiento religioso y cuán hondamente estaba arraigado en el corazón de los franceses. Imposible será que desaparezca y se extinga esa fuerza ancestral que no se formó en un sólo día desde que, al constituirse la nación francesa, sus fundamentos, dogmas, leyes e instituciones nacieron al amparo del cristianismo.

Pocos pueblos cual el de Francia, tuvieron la suerte de que sus primitivos reyes más que por su realeza, apareciesen grandes por su religiosidad; diríase que la concupiscencia humana no hubiese existido en ellos, y que sólo vivieron la vida de la santidad.

No falta quien compare con Napoleón, a Carlomagno, el más célebre de su época, notable por su espíritu conquistador. No obstante, no se puede dejar de advertir que sus conquistas no obedecieron como las de aquel, al deseo irresistible de engrandecimiento nacional; sino más bien al cumplimiento de un deber, cual fué el de reunir a los Estados Cristianos en un gran todo, extirpando las creencias enemigas por medio de la guerra ofensiva, y sometiendo así a las razas extranjeras.

Supo resistir a las nuevas invasiones que amenazaban llevar a cabo los Árabes y los Germanos, del mismo modo que al fraccionamiento interior. La autoridad de éste gran monarca se puede decir que emanaba del Papa, y cuentan que tal fué su piedad que instituyó tantos monasterios cuantos días tiene el año. Además, dió tal importancia a la Iglesia, que llegó a extender la jurisdicción canónica hasta los casos en que hubiese efusión de sangre.

Contraste sensible, desde luego, el que ofrece la condición jurídica de aquella época comparada con la de nuestros tiempos. Hoy el sacerdote francés está obligado a cumplir la ley de la sangre que la guerra impone a los hombres. Debemos, no obstante, tener presente que su Santidad Apostólica Benedicto XV, en conformidad con los usos establecidos en nuestro tiempo, ha tenido a bien, dando una prueba de resignación evangélica, levantar la excomunión que prohíbe al sacerdote el derramamiento de sangre.

Así, los eclesiásticos arrancados de su Iglesia, se han transformado en los mejores defensores de la patria, y la obra inefable del bien que se abre paso resplandeciendo aun en las tinieblas, ha redundado en provecho del ejército, porque los soldados tienen, entre sus compañeros, quienes les presten los auxilios de la santa religión en la hora de las angustias supremas, de las ansias locas, de las torturas indecibles, de aquél momento téticamente solemne.

Los que somos católicos, y creyentes comprendemos el bien supremo que significa escuchar, entre los estertores del cuerpo joven que reclama su derecho a la vida y la fuga fatal del alma, las dulces palabras eclesiásticas. "Tus pecados te sean perdonados. Jesús de Nazaret que nos redimió con su divina sangre, que nos enseñó a morir, te espera."

Conforme a las atribuciones militares que antaño tuvo la Iglesia, cuentan que los Obispos ceñían la espada y calzaban espuelas, hasta la época en que el rey Luis el Piadoso, lo proscribió siguiendo las reformas de Benito Aniano, que desde luego eran las de la Iglesia.

De este rey, que por su virtud mereció el renombre de piadoso, se dice que su vida entera fué un ejemplo de sacrificios continuos inspirados en la santidad cristiana; considerándosele, sobre todo, como un gran reformador.—No podía ser de otro modo, desde que Luis el Piadoso tuvo por educador a San Guillermo de Tolosa.

Volviendo al gran rey Carlomagno, vemos que su obra de conquista no desdeñó la de la cultura. Dispuso que Pablo Warnefrido formase una colección de las homilias de San Ambrosio, San Agustín, San Hilario, San Juan Crisóstomo y de León y Gregorio el Grande, con el fin de que sirviesen de modelo de oratoria. Además a él se debió la difusión del canto gregoriano por las escuelas de Metz y de Soissons. Bajo su reinado se dió a la Iglesia la magnificencia que hasta hoy se admira.—Cuentan que Wilfredo mandó escribir el evangelio con letras de oro, en un fondo color de púrpura, y lo obsequió a la Iglesia de Rispon, guardándolo dentro de un estuche de oro guarnecido de perlas.

Desde este tiempo se admira la riqueza, antes prohibida, en el uso del Ministerio Sacerdotal, y las religiosas, con la delicadeza de sus dedos tegieron las sedas, recamaron los cendales y aceitunies, y adornaron espléndidamente los templos, transformándolos en santas moradas floridas, deslumbrantes de belleza.

Destronado el noble Carlomagno, cuando la fortuna quiso de nuevo favorecerle y le instaba para que volviese a ocupar el trono, cristianamente respondió que no aceptaría nuevamente la autoridad imperial si antes la Iglesia no le ceñía el cingulo guerrero.

El rey Carlos el Calvo, con el que principia la dinastía de los célebres carlovingios, lo mismo que Luis el Piadoso, tuvieron por educador a un sacerdote, que fué Híncaro, Arzobispo de Reims, cuya sede ocupó 39 años, interviniendo en 39 concilios que presidió en su mayor parte. Este ilustre Sacerdote dejó 70 obras, siendo una de las más conocidas la titulada "De la persona del rey y del ministro", escrita con el fin de explicar al rey el versículo siguiente: "Interrogué a los sacerdotes acerca de mi ley". La acción de este monarca, cuando se hubo separado del clero, se considera nula.

Carlos el Simple, nieto de Carlomagno, sin embargo de llevar este calificativo, porque acaso lo merecía, fué un cumplido cristiano.—Se

dice que al casar a su hija la princesa Gisela con el guerrero Rollón, hijo del yarl noruego, le puso como condición que antes se cristianase, a lo que respondió, poniendo sus manos en las del rey: "De hoy en adelante soy vuestro fiel servidor y vuestro hombre, y juro conservaros la vida, los miembros y vuestro real honor".

La Francia, desde su origen descolló, antes como ahora, por su cultura literaria. Al amparo de la Iglesia, la literatura se fué desarrollando y adquirió gran expansión, principalmente en la Bretaña, donde existen los más antiguos poemas. En su historia poética se encuentran modelos deliciosos, verdaderas filigranas por la delicadeza de la forma. En ellos se transparenta la sinceridad de los artistas que escribían en virtud de un sentimiento de amor a la belleza inspirado en la devoción literaria que profesaban.

La balada del Rey de Bretaña es uno de tantos modelos de la literatura que floreció al amparo del cristianismo. Trata del tributo de que se libertaron los bretones, y cuya antigüedad se remonta hasta el siglo IX. En ella se alude al rey Carlos el Calvo.

En la literatura primitiva, de todas las naciones, ha dominado siempre el estilo de la epopeya guerrera, tanto en la mitología griega cuanto en las leyendas del Rhin; en los poemas del Cid como en las hazañas de Federico Barbaroja, cantadas por el poeta gibelino.

Otra balada que se cita entre las más populares de su época, es el Ceñidor de Boda, en la que se canta el olvido de una mujer motivado por la ausencia de su esposo, y la venganza de éste a su vuelta de la guerra: Encierra una tragedia intensamente apasionada que recuerda a la literatura griega por su marcada afición a los dramas conyugales.

El célebre crítico Fernando Wolf, dice que los cantos bretones son los más bellos, auténticos y originales de toda la Europa. El Ceñidor de Boda se remonta hasta el año 1405; época en que los voluntarios bretones partieron de Brest, para socorrer a sus hermanos del país de Gales.

---

Entre todas las obras el cristianismo, en la antigüedad, ninguna fue tan hermosa como la emprendida por las Cruzadas, en las que cupo

una parte tan gloriosa a la Francia. Pasó el cortejo de los paladines llenos de valor y de fe, llevando en las manos la cruz redentora, símbolo del sacrificio y del holocausto divino, con su remembranza de tristeza santa y de agonías que no presagiaron la muerte; porque fueron la vida de la humanidad doliente y la enseñanza de la resignación ante el sufrimiento eterno e incommovible que existe en la vida.

Fueron los caballeros de las cruzadas los luchadores del amor que no mancilla, y de la fe que abraza el alma. Y la realeza toda de la Francia acudió al torneo ideal de la mística pasión.

Ulrico, monge de la maravillosa Abadía de Cluny, recitaba todos los días el salterio antes de montar a caballo, hasta que llegó el término de la romería: ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! la tierra de Jesús! la meta de los cristianos! para llegar a tí los reyes católicos bajaron de sus tronos y caminaron incansables; Godofredo de Bullón, Hugo de Francia, Conde de Vermandois, Luis el joven, rey. Felipe Augusto, rey. Juan de Brienne, rey; San Luis rey y santo, y Felipe el atrevido, todos seguidos de la más alta nobleza, fueron los peregrinos de la deliberación frenéticamente anhelada.

Con el trascurso del tiempo la Francia católica día a día alcanzó mayor apogeo. La Iglesia llegó a tal preponderancia que a la muerte del Papa Benedicto XI la elección estuvo suspensa entre los Cayetani, protectores de los italianos, y los Colonnas que querían a un Francés originándose así el papado de Aviñón.

En época posterior, como un don de Dios, como una gracia celestial, apareció una virgen guerrera, Juana de Arco, la zagala que conquistó el más grande de todos los tronos, la realeza más noble de todas las noblezas: el altar glorioso de la Iglesia Católica.

Un notable historiador, refiriéndose a la doncella de Orleans, dice: "No se salvó la Francia, por el valor militar, ni debido a cálculos políticos, sino por la piedad". En verdad, ese poder invencible e indestructible que vigoriza a los más débiles y alienta a los oprimidos, es capaz de operar prodigios. La fe católica valió tanto en la antigüedad como la fuerza material. ¡Oh, los vencidos! los desdichados que parecían desfallecer en la lucha no tardaron en cobrar nuevas energías al impulso de la fe.

La niña de las celestes visiones abandonó el rebaño, y en la solemnidad del Templo de la Naturaleza, bajo la apacibilidad de un cielo benévolo y orquestada por el murmullo del roce de las hojas, principió a orar. Fué este rezo de candor infinito y de amor intenso, la plegaria de la gracia: ¡Revelación!, balbucieron sus labios, ¡Revelación! decían sus ojos, ¡Revelación! repetían los gañanes, y esta voz de encanto y de misterio, repercutió en toda la Francia, como sí hubiera sido el clarín que desde formidable atalaya llamase a la victoria.

¿Cómo se operó el milagro? Todos los que conocen la fé, lo comprenden. Juana de Arco dijo: “Sí hice algún bien a la Francia, fué por gracia y mandato del rey del cielo, que me lo impuso por medio de sus ángeles y de los santos.—Todo lo que yo soy, lo soy por revelación y voluntad de Dios.—Obedeciéndole me presenté al rey: antes, me hubiera dejado hacer pedazos que dirigirme a él, sin el permiso del cielo.—Todos mis actos están en la mano de Dios; sólo en él tenía puesta mi esperanza y la realicé con todas mis fuerzas.—Nada me propuse que no se ciñese a la voluntad de Dios, y todo lo que hice de orden suya, creo haberlo hecho bien, y por esto mismo no me bastarían ocho días para repetir todo lo que Dios me reveló.—Diré sin embargo cómo se me aparecieron los santos por primera vez.—Hace siete años al medio día (tenía yo 13 años y me hallaba en la huerta de mi padre), oí por primera vez a mi derecha, del lado de la iglesia, una voz, y apareció ante mis ojos, una figura rodeada de un esplendor no terrenal; su rostro era el de un hombre bueno y virtuoso; tenía alas, estaba circundada por todos lados de luz, y la seguían los ángeles del cielo.—Los ángeles bajan con frecuencia entre los Cristianos, sin que estos lo noten, y yo he visto varias veces a algunos entre ellos.—El que se presentó a mí fué el ángel Miguel.—Su voz me pareció extremadamente venerable; pero como entonces era yo niña, me dió mucho miedo aquella aparición, y dudé de que verdaderamente fuese un ángel.—Después de haberla oído tres veces, reconocí su voz; me enseñó tantas cosas que me fué preciso creer que era efectivamente un ángel.—Yo le ví a él y a los ángeles claramente, con estos ojos, como os veo a vosotros, que sois mis jueces, y creo en todo lo que me ha dicho y hecho, como creo en la pasión y muerte de Nues-

tro Señor y Salvador Jesucristo; y me inducen a tener fe sus buenos consejos, y el auxilio y las sublimes lecciones que en todo tiempo me ha dado. Aquel ángel me dijo que principalmente procurase ser una buena niña, conducirme bien y frecuentar la iglesia, y que Dios me asistiría.—Me manifestó la gran piedad que Dios tenía de la Francia, y me dijo que yo debía acudir al socorro de su rey.—Añadió que vendrían a verme las santas Catalina y Magarita, y que debía hacer lo que me dijese, porque eran enviadas por Dios, para verme, y asistirme con sus consejos”.

Crean o no en las maravillas del alma los escépticos, los fríos de corazón, es lo cierto, que jamás se podrá arrancar del corazón humano el prestigio milenario de los portentos que realiza la piedad, ni la fuerza positiva que representa la vida prodigiosa, en el reino espiritual, de lo que se vé y se cree mitad con los ojos, mitad con el alma; mitad con la mente, mitad con el corazón.

Innumerables serían los ejemplos que se podrían citar debido a la obra de cultura realizada por la religión. La más rica biblioteca de la época de Luis XI fué formada por el monge Gaguin, quien, además, estableció el colegio Real, despertando la afición al Griego y al Hebreo.

Del Canónigo de Ruan, Pedro Leroy, se cuenta que fué uno de los más grandes escritores satíricos de su tiempo, sobresaliendo en la melopea que fué su creación; pero pocos han alcanzado la popularidad del célebre benedictino Rabelais, de quien con tanta erudición, nos habla Anatole France. Entre sus obras la que mayor ruido produjo fué la del Gigante Gargantúa y su hijo Pantagruel, en la que ridiculizaba las novelas caballerescas de la Corte de Francisco I.

En la época en que se levantó el protestantismo, entre todos los teólogos sobresalió un Jesuita el Padre Lirmoud. No menos notable fué el Cardenal Perron, el cual dilató la controversia cristiana apoyándola en el principio cardinal de la Iglesia; pero ¿quién más notable que Armando Juan du Plassis, el célebre ministro de Luis XIII Cardenal de Richelieu, el cual llenó su siglo con su fama? Aparece a su lado el monje José, de la ilustre familia de los Tremblay, amigo y consejero del Cardenal, al que se dió en llamar Su Eminencia Gris. Richelieu, solía decir “nadie hace la barba de mi capuchino por muy larga que la lleve.” De tal modo reconocía el mérito

del humilde monje y tan grato le estaba que a la muerte de éste, inconsolable exclamó: “Pierdo a mi amigo, mi confidente, mi consuelo y mi único apoyo”.

La actuación política del Cardenal ha dado tema a la crítica y a la maledicencia de los pequeños, tan mezquinos en su insignificancia cuan grande fué la figuración del ilustre Cardenal. Así, no sorprenderá que se le juzgue con variados conceptos; no obstante, ninguno encierra mayor importancia ni puede revelar mayor interés que la manera como él opina de sí mismo. Antes de morir dijo: “He prometido al rey emplear todo mi ingenio y la autoridad de que ha tenido a bien investirme, en destruir el orgullo de los nobles: reducir a todos los súbditos al cumplimiento de sus deberes y elevar su nombre entre los extranjeros, a la altura que conviene”.

Al referirme a los padres ilustres de la Iglesia francesa no puedo prescindir de citar al autor del *Telémaco*, Francisco Fenelón, y al imponderable predicador Jacobo Benigno Bossuet, quién procuró el místico consuelo a la señorita La Vallière en la aflicción de sus amores infortunados.

En todas las épocas y bajo todos los cetros, aparecen siempre casos notables de piedad, ejemplos edificantes, como lo fué la vida del cura de Languet, quien pertenecía a la sociedad educacionista Luis quinqueza de San Sulpicio. Este caritativo sacerdote repartía un millón anual, y sólo usaba como mobiliario dos sillas de paja y la cama de jerga.

¡Cuánto ha costado a la nación francesa luchar contra la heregía y combatir a los apóstatas! ¡Con cuánto sacrificio y amor a su religión, logró sostener el dogma religioso y la estabilidad de la Iglesia, libertándose de los herejes que pretendieron apoderarse del trono, iluminado por la radiante luz de la gloria centenaria que dejara la santidad de los benditos reyes que le supieron defender y bendecir!

¿Es posible imaginarse que la guerra santa en la que más de 500 caballeros nobles se alistaron, así como la austeridad martirizada de los Templarios, no hayan dejado una herencia de piedad?

¿Podemos suponer que la grandiosa obra ancestral de religiosidad

Francesa, fortalecida por el martirio de generaciones creyentes, así como por la devoción de los fieles, haya podido desaparecer, dándose al olvido su historia y borrándose del recuerdo de los Franceses al extremo de transformarlos en seres capaces de renegar de un glorioso pasado?.

¿Cabe mayor timbre de honra para un pueblo católico que su legendaria cultura, en la que aparece la apoteosis del catolicismo, de la más humana y comprensible religión para los que necesitamos tolerancia, perdón y amor?.....

Es lo cierto que nos encontramos muy lejos de los tiempos de la Iglesia militante. Hoy ya no se lucha; a mano armada por el ideal teológico, ni por las creencias espirituales. No volverán a la guerra los caballeros de las Cruzadas, después de haber besado la cruz de los mandobles; así como en la vida social, no volverán a resurgir la caballería, ni a entrar al torneo por Dios, ni por su dama.

La evolución de los pueblos se ha desarrollado en una forma tan estrecha de individualismo, que hoy todas las ambiciones psíquicas de antes, han quedado reducidas a la satisfacción de llenar las necesidades de la vida: conservación y engrandecimiento del bienestar individual, como máximo de las aspiraciones. Por fortuna, la acción social extiende y modifica este concepto, inspirándose en un sentimiento generoso y noble que abarca a la nación entera, a la que protege y defiende, con la fuerza que da la conciencia del deber cumplido. ¿Se ignora acaso de qué modo la Francia, calumniada de decadentismo político y de anti religiosidad nacional, lucha hoy y prueba su heroísmo y su piedad en el sacrificio que le impone la Patria?

Es evidente que causó gran tristeza en el mundo católico el que las órdenes religiosas se viesan obligadas a abandonar la Francia; más, con ello resultó hondo pesar en el alma de la nación y mayor prestigio para la Iglesia, alcanzado en las naciones protestantes, al amparo de cuya tolerancia se cobijaron, siendo notable la influencia benéfica que ejercieron especialmente, los misioneros de Africa.

Hoy mismo, las órdenes misioneras, cuya casa fundadora existe en Lyon, constituyen el corazón inagotable de la piedad en el mundo ca-

tólico, socorriendo hasta nuestras modestas misiones que con tanta abnegación y valor realizan nuestros venerables y bien amados padres españoles.

El ejército en Francia, así como las altas clases sociales, son esencialmente católicos; no sólo en la fe sino también en la práctica. En los días pesarosos de emigración de las órdenes religiosas, se presentaron casos conmovedores, en los que el soldado luchaba entre el deber militar, que le obligaba a obedecer y su conciencia que le indicaba lo contrario. Hubo un soldado a quien en la apartada aldea provinciana cupo en suerte expulsar a las monjitas de su rústico y mísero claustro. Penetró silencioso, rodeado de los absortos campesinos, a quienes disgustaba el sacrilegio, y viendo que una religiosa no se movía de un sillón, mientras que sus compañeras una a una, silenciosamente, se esparcieron por el campo, acercósele a hablarle. "Estoy tullida, díjole la anciana. Con estupefacción y dolor el soldado al reconocerla exclamó: ¡mi hermana! Dirigió luego una mirada interrogadora a su oficial, el que enrojeció sin decir palabra alguna. El soldado volvió los ojos hacia el cielo y con el rostro bañado en llanto, mudo, más con el alma desgarrada de dolor, tomó en sus juveniles brazos a la anciana inválida, y colócala en medio de la vía pública.

Esta y otras escenas, no menos dolorosas, motivaron publicaciones periodísticas, en las que se discurría si la disciplina podía obligar a un militar a proceder en contra de sus deberes morales, pues no otros son los de la religión.

Si la Iglesia sufrió grandes pérdidas con la expoliación de sus bienes, en cambio, las sociedades laicas renovaron sus esfuerzos por socorrerla, habiéndose llegado hasta fundar últimamente, a iniciativa de uno de los grandes talentos de la Francia contemporánea, Mauricio Barres, una sociedad llamada a impedir la ruina de las Iglesias pobres. Este tema, que aún entre nosotros, se mira con indiferencia, se trató en el Parlamento de París, fué discutido y mereció la aprobación de la prensa.

Al decir que los templos de Francia se vieron, a consecuencia de la hostilidad del Gobierno, más frecuentados que antes, faltaría a la verdad, porque siempre a sus pláticas de preceptos asistió numerosa concurrencia. Lo mismo se ve en la magestuosa catedral, y en la mo-

desta iglesia lugareña, con el devocionario abierto, siguiendo al sacerdote en el sacrificio de la misa, al joven aristócrata, al burgués endomingado, al militar de uniforme y al lacayo de librea. Los más por piedad, tal vez algunos por snobismo; es lo cierto que entre la gente del gran mundo se prescribe de la conversación la controversia religiosa, y el irreverente, el incrédulo, sabe que esto es de mal tono, y que demuestra falta de distinción, si no finge, por lo menos, el respeto que todo sentimiento sincero merece.

El ser católico y practicar la religión constituye en Francia un timbre de honor, un sello de hidalguía, un prestigio de piadoso y honorable abolengo, que todos ambicionan, y cuando falta en los antepasados esta herencia cristiana, muchas veces se aparenta tenerla. Un joven *shic*, un elegante, un *snob* carecería de prestigio social, si no se le viese en los templos, y no frecuentase el trato de algún monseñor.

No se puede descontar la importancia nacional que tienen las familias de antigua estirpe por la tradicional influencia monarquista, y que aún no se desarraiga del corazón de muchos franceses; no obstante, es indudable que dentro de las aspiraciones republicanas, hay diferentes grupos, según las tendencias más o menos demagógicas o conservadoras de los diversos partidos políticos que existen; pero hoy todo el pasado separatista se ha olvidado, y la Francia entera, sin diferencia de gerarquías ni de divisiones políticas, comulga en el altar de Dios, y resiste a sus enemigos en la trinchera.

La República consideró el predominio religioso como un peligro para su estabilidad; no sin fundamento, pues ya en las fiestas magníficas, desbordantes de público, celebradas en honor de la Virgen de Orleans, se pudo creer este temor justificado, porque los tributos rendidos a la santa guerrera, eran de manera especial, manifestaciones que simbolizaban la flor de lis que ofrecían a la Iglesia despojada.

El sentimiento religioso profundamente arraigado en los hogares de Francia, ha tenido intérpretes afortunados en la poesía nacional. La inspiración mística ha sido musa tan fecunda como la profana, con la diferencia de que aquella constituye la base estable y sólida de belleza nunca desmentida, y es como la ruta amplia, sin escollos, que conduce a un destino seguro e impecable, en la que no se encuentran laberintos ni recodos: en la que se expanden la mente y el alma en una ma-

nifestación franca y sincera, que revela mejor que ninguna otra escuela, el alma sana de la nación, así como una inspiración que nace de su propio suelo, sin recurrir a la literatura de los griegos y romanos: tal es el poder de la poesía mística. El célebre poeta Lamartine, preferido en los hogares franceses, nos muestra en su renombrada composición al Crucifijo, uno de los mejores modelos de este género.

## II PARTE

Al declararse la desoladora guerra actual causando la tribulación que se extiende por el mundo entero, se acentuaron las dudas que inspiraba la Francia, mal vista y peor apreciada por los extranjeros. ¿Como actuarían los franceses ante el enemigo invasor? ¿Cuál sería la actitud de la Iglesia y la del clero? ¿Qué dirían las ilustres damas cuyas creencias habían sido desdeñadas; las que habitan viejos palacios y castillos cuyas puertas se abren con cautela?

La curiosidad del extranjero podía ir más lejos; también se preguntaba qué haría la francesa, en general, ante el peligro que amenazaba a la Francia; principalmente la parisiense, cuya fábula de muñeca deliciosa, de ave sin sentimentalidad, de explotadora de ternezas, de cuerpo sin corazón y de cabeza indomable, recorre el mundo, en una leyenda de literatura mercantil recopilada en las novelas modernas. Y qué pensar de las celebridades de teatro, de las mundanas, a quienes se confunde con las Imperias y las Julias del Renacimiento Italiano?

La Francia vista superficialmente, y sobre todo París, con su alegría sonora, sus boulevares poblados de parisienses turbadoras y de extranjeras ambulantes, con las vidrieras de sus tiendas enloquecedoras por las preciosidades que exhiben, con los cafés y restaurans abrigados y provocativos, al acorde de una músicaailable, con sus teatros de variedades, de torneos gráciles que producen incontenible desborde de hilaridad, con sus palacetes nocturnos, donde se improvisan jardines babilónicos que son evocación de placeres milenarios y de modernismos imaginados, con sus mujeres de belleza fabricada, con sus amores de un día, con sus aspiraciones de frivolidad

amable. El París callejero que vive y siente en la vía pública, con impudor ingenuo, no constituye la nación francesa, de heroísmos legendarios, de epopeya artística, de iniciativas benefactoras para la humanidad; y si la literatura ha explotado este medio adaptable a todas las naciones y a todos los gustos, como reflejo o cuadro representativo de la Francia, con ello ha inducido al extranjero a grave error. Si en París se ha constituido el recinto de la vida galante, la peregrinación de los romeros del placer, el teatro de la belleza, de la elegancia y de la lisonja femenina; no es por ello ciudad única, y muy al contrario, por desgracia, grandes capitales desean imitarla con inútil empeño. ¿Debenos, por este cuadro los que deseáramos ver la tierra convertida en un paraíso bíblico, abominar de París? En suma, este aspecto de ligereza y de frivolidad, de alegría y de festejo, no viene a ser sino la feria, la eterna feria humana, de todas las naciones y de todos los pueblos, que presenciaron el Santo Rey David, el soberbio Faraón, el Augusto César, el Rey Moro y el Rey Cristiano, el Zar, el Pachá, el Emperador y el Presidente de una república. Es la feria del mercado de amor y de jolgorio que intermitentemente exhiben todas las ciudades, todos los pueblos y hasta la mísera aldea y el suburbio silencioso. En París, la feria suele ser continua, porque el caminante la solicita, porque el forastero acude a ella a disipar la melancolía de su aislamiento, porque los parisienses creen que pueden ofrecer el placer continuo que los hombres se han dado el derecho de disfrutar: no obstante, ni París, ni Francia, están formados exclusivamente por una feria de explotaciones halagadoras.

El que quiera conocer las altas cualidades del pueblo francés, que no le juzgue por las exterioridades, ni por folletines de la literatura de los mercaderes de arte; que se asimile con Anatole France, Mauricio Barres, Monseñor Baudrillard, Paul Bourget, el Abate Didon y otros tantos talentos, no menos respetables.

Francia está perdida, Francia ha entrado en un período de decadencia, han dicho algunos escritores de afuera. ¿Cómo puede juzgar de otro modo a esta nación el que sólo la conoce superficialmente?. Era preciso penetrar en el hogar laborioso del burgués y del obrero, donde la mujer duplica su labor, en el de la dama aristocrática que ayer mandaba a su hijo al ejército, como hoy le envía a la guerra, diciéndo-

le: "no debes ser Burócrata; ve, pues, al ejército; así servirás a la patria".

No puedo do ninar la tentación de leer la carta de un extranjero que vive en Francia, dice: "En tiempos de paz notaba en los franceses ciertos defectos, como que toda nación tiene los suyos, y aun había llegado a sentir alguna hostilidad contra ellos. Pero desde que se ha declarado la guerra, todo ha cambiado. Apenas llegó la hora del peligro para la Nación, el más grande que ha tenido la Francia, la verdadera alma francesa se ha despertado. La antigua nobleza de sentimientos, el patriotismo más ardiente, la solidaridad más completa, la abnegación, el heroísmo sublime, en fin todas las virtudes que existían ocultas, han surgido a la superficie. Una unión absoluta ha reemplazado a las divisiones de partidos, y en un conjunto admirable, la nación entera ha respondido al llamamiento del país. Entre innumerables ejemplos son dignos de señalarse los millares de sacerdotes que han cambiado la sotana por el uniforme militar, para tomar el fusil y combatir al enemigo como simples soldados. Muchos han sacrificado ya sus vidas y frecuentemente en las listas de los que han muerto en el combate, figuran los nombres de sacerdotes, unos simples soldados, otros ya con grados modestos que ganaron en el campo de batalla !Qué digno ejemplo de patriotismo y de virtud el que dan esos hombres!"

Lo que más sorprende, diríase una novedad con que asombra la Francia actual, lo que para muchos ha de haber aparecido cual una revelación, es la seriedad del espíritu francés, erróneamente considerado como frívolo, por la apariencia amable de su espiritualidad jocosa.

Llegó la hora de la guerra, la hora fatal de las tristezas inconsolables, de los rigores invencibles, de los heroísmos anhelados, la del luto obligado y la que marca tal vez un principio de llanto que jamás se enjugará en el alma de la mujer. La Patria reclamaba la seriedad de sus hijos, y éstos supieron responderle con nobleza; al unísono salieron al frente del enemigo, arrastrando sus cañones, y alimentando los motores aéreos. El ilustre anciano Anatole France, pidió un rifle en el Ministerio de la Guerra. Alguien dijo: "como a Victor Hugo antaño, se le debe prohibir que tome parte en ella". Los innumerables escritores jóvenes, los más conocidos periodistas parisienses, que disfrutaban de la vida por excelencia agradable y culta con que Francia, favorece a sus

intelectuales, son hoy simples soldados que sufren indecibles penalidades en los sótanos improvisados del parapeto, que semejan abiertas y anticipadas sepulturas.

El buen vividor, al que la suerte le dotara de gran fortuna, con mengua de su bienestar ofrece sus automóviles para el servicio de las ambulancias y de la movilización, caso de necesitarse. ¡Las francesas! Nada digo de las órdenes religiosas de enfermeras, las que igualando en valor a los soldados, serían capaces de penetrar hasta en el combate, si se les hubiese permitido, ejerciendo su misión de aliviar el dolor. En cambio, mucho hay que decir de la francesa censurada de fútil y de superficial; ella, como sus compañeros, también ha sabido responder, con la seriedad que requiere el cumplimiento del deber, para con la Patria. Al extremo que los teatros, que son propiedad de mujeres, se transformaron en hospitales de sangre, y las artistas, las grandes estrellas, así como las modestas comediantes; las que pasaron largas horas de aprendizaje ensayando un gesto que hiciese reír o llorar, hoy siguen a las religiosas en la senda abnegada que su virtud les traza, y humildemente las ayudan en la penosa labor que reclaman las ambulancias.

La parisiense elegante y distinguida, la que frecuenta la alta sociedad, dirigía, hace tiempo, la grande y por excelencia humanitaria, sociedad de la Cruz Roja denominada: Damas de Francia. Hoy el lujo y el shic consiste en trocar las esencias delicadas por el olor del yodoformo, y los diamantes ya no brillan en las manos pálidas porque están tintas con la sangre de los guerreros.

Si gran admiración causa al mundo, la armonía política que súbitamente se ha establecido en la Francia, sin que haya habido gerarquía social ni diferencia religiosa que perturbe la acción gubernativa; no menos interesantes son algunos casos que han ocurrido y que demuestran la energía y el carácter individual. Hervé, el antimilitarista, reconoce su error, y quiere repararlo, ofreciendo su existencia en una trinchera, a Jaurés, desde el primer momento se le considera como a un loco nocivo y le elimina el homicidio.

Todos van a la guerra, mas de qué modo, siempre con apariencia risueña, como si ignorasen la tragedia que se les espera, y es porque antes prepararon su alma como católicos y con no menor anticipación

aún ilustraron a su pueblo como hombres de talento. El coronel del regimiento, al alistarse para la guerra y abandonar su hogar saliendo a campaña, antes de partir, ha oído la santa misa acompañado de la esposa y de los hijos. Los oficiales han seguido este ejemplo, y muchas veces todo el batallón ha escuchado el santo sacrificio en las ruinas de una Iglesia inmediata a una trinchera. Las mujeres despiden al ejército, en las calles, boulevares y plazas, ofreciéndoles flores, y los cañones y ametralladoras pierden su aspecto hiriente de triste presagio funerario, bajo las guirnaldas de laureles y de rosas de Francia, con que les ha engalando la ofrenda espontánea de la multitud. Parecen un desfile glorioso de tropas vencedoras, antes de entrar al combate, las huestes de los guerreros católicos; por millares se cuentan entre ellos a los sacerdotes que usando el uniforme militar, están enrolados como simples soldados, cumpliendo el voto de obediencia y de humildad eclesiástica más allá de lo que la religión exige. Se puede decir de la raza francesa que moralmente ya ha triunfado, por lo que significa el esfuerzo individual y social; este triunfo se basa en dos elementos invencibles, en dos poderes que se completan y sin los cuales los triunfos positivos valen muy poco: el credo cristiano en el alma y el convencimiento del que no elude el sacrificio más humano, más grande y más glorioso, por lo mismo que abarca, en conjunto, lo que el individuo defiende en privado y que la nación llama: Patria.

Francia, atrevida iniciadora de las investigaciones de lo desconocido, audaz en el desquiciamiento de lo vetusto, con tendencias al mejoramiento novedoso; alma gestadora de las grandes evoluciones progresistas; nación tal vez única en el mundo, en la que se rinde el culto que el talento merece, posponiéndole miramientos sociales de cualquier orden: de alcurnia, de dinero y de belleza. El cerebro del hombre radiante de luz, levantado en la Francia, hasta la más alta cumbre de la civilización, ha iluminado al mundo; con su religión que es la más pura y la más santa, con su ciencia generosa en la que el extranjero encuentra preparada la cena del pan científico; con sus artes tan divulgadas que constituyen una meta de la romería obligada de todo el que desea llegar a la gloria mundial, y por último con su ejército, el que si tal vez no está regido por un rigorismo disciplinado, ajeno a la iniciativa individual; en cambio ha logrado, el desarrollo de la personalidad e in-

culcar el convencimiento en cada soldado, de ofrecer su vida por la patria. Ha llegado a realizar el prodigio de la más alta aspiración humana, en el orden de la moralidad social, cual es la armónica unión del país, movido por un sólo sentimiento de sacrificio patriótico. A fuerza de ilustrar a las masas han comprendido que es imposible obtener la felicidad particular, en una nación sin prosperidad, grandeza, ni bienestar general.

El francés no es guerrero por afición; comprende la vida bajo un aspecto bondadoso, y si busca la alegría es como alimento del espíritu. Se procura ser feliz sin ser malévol, amable y cortés como una fórmula; mas, sin prejuicio; por eso las grandes luchas y apasionamientos colectivos encierran una marcada tendencia a procurar la felicidad del pueblo, dentro de la firmeza de las altas convicciones, sin llegar por ello hasta la inmoralidad que engendra la degeneración, como equivocadamente se supone.

Nosotros que formamos una sociedad reducida en la que domina la vida del placer tranquilo del hogar, y que de la apacibilidad y recato moral de nuestra existencia tenemos el aspecto; podíamos censurar a París de impúdico. La tolerancia francesa para el desarrollo de las individualidades, dentro del molde universal del amor a la patria, ha llegado a la prepotencia, hasta el extremo de renegar de la hipocresía; tal vez allí se actúa en público, como en otras ciudades en privado. Si la satisfacción de la propia existencia es tal, que desdeña la censura del criterio extranjero, ello no significa que la nación haya perdido o que desconozca el principio de la moral que en todas partes es la misma; porque, a falta de la religión, la dictaría la conciencia personal.

Dentro de la firmeza del deber cívico, el más difícil de conseguirse en las multitudes, todo francés vá a la guerra consciente de la alta misión que realiza, desde el gran señor hasta el simple soldado, desde el Ilustre Padre de la Iglesia, hasta el modesto sacristán, desde el burgués enriquecido hasta el rústico labriego. No ignoran que abandonan un hogar que les sonríe, ajeno a la miseria, una tierra hermosa, una existencia amable y que en la batalla los heroísmos individuales pasarán casi inadvertidos, porque en la guerra moderna poco se sabe del gesto de grandeza, ni de la actitud heroica del soldado; pues, al ruido

formidable del cañón, competidor aventajado del trueno, las voces de los guerreros se extinguen al nacer. Saben que no pueden pronunciar arengas que recuerden a la posteridad el ardor bélico que inflamó a sus soldados, ni frases de oratoria heroica, que las madres enseñen a sus pequeños en las largas noches de luto.

Los franceses no ignoran que las heroicidades personales quedarán casi anónimas, que el triunfo y sacrificio es colectivo; mas, nada les arredra ante el llamamiento de la nación, y caminan valerosos, sin ignorar la tragedia que tal vez les está reservada, con la filosofía del que no teme ni pretende evitar lo inevitable.

Al cruzar los trenes, los campos antes cultivados con amor, y hoy regados con pólvora, en las paradas del convoy, las zagalas obsequian a los soldados con golosinas, flores y sonrisas. Estas muchachas que suelen ignorar el pudor del beso, conocen los rubores del dolor; así muestran sus bocas sonrientes en los andenes, y esconden los ojos lagrimeantes en la alcoba.

Un soldado después de haberse curado las heridas vuelve al campamento, y dice "Antes no sabía lo que era la guerra; pero cuando se ha estado es duro regresar". Esta es la queja de un hombre que ya ha probado las penalidades que le impone su conciencia ciudadana. Siente los rigores de su condición, no desconoce el peligro y sabe que la suerte decidirá de su existencia, que no es la de un desesperado, sino la del ser feliz que se educó bajo la gran máxima del honor, del patriotismo y de la religión, considerado todo esto no como una utopía, sino como enseñanza real de todos los días, en una ilustración continuada, amena y artística, mitad ciencia, mitad espectáculo, hasta haber logrado coronar la magna obra de inculcar en cada hombre, el alto deber de su dignidad y la honradez de los principios del derecho. Han alcanzado los franceses la felicidad de un pueblo sin que el placer, ni el goce agoten sus energías, al extremo de desconocer los entusiasmos sublimes que requieren los inmensos sacrificios.

Por eso, apenas el reloj que marca la hora tenebrosa de los horrendos dolores, dejó oír su carillón cuyos tañidos son como un apergio *de profundis*, la Francia entera precipítose al llamamiento de la Diana guerrera, obedeciendo dócil, a la presión de la Patria, que tocaba el alerta en el corazón de sus hijos.

El clero causa la más edificante admiración, pues lejos de eludir su misión ciudadana, a lo que le autorizaba la religión, se ha hecho copartícipe de los peligros de sus compatriotas, al mismo tiempo que ejerce sus funciones sacerdotales. Allí está, a la cabecera del moribundo, cuando la hora del descanso le permite; aún en el fragor de la lucha, tiene presente su anhelo de salvar almas, y mientras que con la mano izquierda sostiene el caldeado fusil, con la derecha absuelve al moribundo, recordándole que todo no termina allí en el fango inclemente, con la carne lacerada, que una felicidad más grande y duradera está reservada al que practicó la más grande de las moralidades: el cumplimiento del deber cívico y religioso.

En los apuntes de una enfermera se ha encontrado la siguiente anécdota:

En una camilla de ambulancia, un herido pedía confesor; la enfermera manifestábale que no se encontraba allí religioso alguno, cuando vió que del lecho de un agonizante la llamaban, diciéndole: "Soy sacerdote, colóqueme Ud. en una camilla, y acérqueme al herido que pide confesor". La enfermera resistióse, pues el sacerdote tenía la caja del cuerpo destrozada por la metralla, y el menor movimiento podía ocasionarle la muerte; mas el sacerdote insistió y díjola con tono severo: ¿No ve Ud. que se trata de salvar un alma? Al mismo tiempo levantó, demostrado en el semblante un dolor horrible, el peso del cuerpo, que apoyó en sus manos y éléose en la cama. La enfermera edificada, bajo el dominio de la mirada imperativa del eclesiástico, accedió a su deseo. Cuando la confesión hubo terminado, el confesor expiró. La enfermera se arrodilló a los piés de la camilla y encoméndose al santo que acababa de morir.

De todas las manifestaciones de la religiosidad francesa, que ha originado la guerra actual, la más elocuente ha sido la realizada en París, el 13 de Setiembre de 1914, después del combate del Marne, en el templo de Notre Dame, la célebre Iglesia de los Reyes Cristianísimos, recinto sagrado de los suntuosos cortejos; símbolo de la fe milenaria.

El Ilustrísimo Monseñor Amette, llamó a los parisienses a la plegaria; fué un llamamiento de amor del generalísimo que dirige y gobierna millones de corazones, fué el llamamiento del padre bíblico, sabio y fuerte, que alienta señalando la benéfica esperanza de los altares, y

acudieron más de 50,000 almas con devoción y fervor. Cuando ya no cabía dentro de la venerable Iglesia, después que las cinco naves estaban totalmente llenas, así como las capillas laterales, y las galerías superiores, la multitud se desbordó hacia la Plaza y las calles adyacentes, ferviente, ansiosa de oír la palabra del Arzobispo, que significó la palabra divina y el consuelo. Los espíritus atormentados acudían al santo recinto con la emoción del creyente que pide amparo contra la gran catástrofe, y entona el miserere de las supremas angustias.

La ceremonia estaba anunciada para las 3 de la tarde, y desde la una principió a llegar el público. Hubieron de cerrar las verjas, y los que quedaron fuera se resignaron, en espera de lo que no alcanzarían a ver, conformándose con repetir la plegaria de los que estaban dentro, y así los rezos repercutían encadenados como un eco interminable de angustias y sollozos que se elevase hasta el cielo. ¡Te alabamos Señor!. Oyese un himno, un hossana de melodía triste que nacía de almas clamorosas. Luego rezaron el Credo, y la multitud lo repetía formando como un temblor de millares de voces que se eslabonasen para llegar al Todopoderoso, y decirle, en un alarido formidable, en la tribulación más grande por la que pasara la Francia, el Símbolo de los Apóstoles, de los legendarios creyentes, que nos legaron la preciosa enseñanza de la fé católica, el sostén, la firmeza, la muralla formidable ante la que se ampara el espíritu: la fe en Dios, la fe en su Iglesia, la fe en el patriotismo de los hombres.

El Arzobispo de Francia, Monseñor Amette, revestido con la pompa cardenalicia, subió al púlpito, y dijo un himno de amor a Dios y a la dulce Francia: "Oración y sacrificio", estas dos palabras resumieron su bella plática: Sin la oración no se alcanzará el socorro de Dios. Por la oración y el sacrificio, se obtendrá el favor del Todopoderoso".

Principió la procesión. Formaron el cortejo, y las arcas que contienen las sagradas reliquias de los santos y santas que están depositadas en las diversas iglesias de París, fueron llevadas en hombros por el clero bajo las bóvedas del templo, ante la mirada radiante de bondad, de Nuestra Señora de París. Y desfilaron las sagradas urnas meciéndose según el vaivén del andar de los portadores, cual si fuesen llevadas al ritmo de las palpitations de almas gimientes de pesares, y de cabezas que se doblegasen hacia el suelo encendidas de rubor y de coraje. Y

fué aquél un cortejo regio de santidad milenaria y de realeza ancestral. Por allí desfilaron La Patrona de París, Santa Genoveva, que ya otra vez la librara de los rigores de Atila; San Remigio, el venerable arzobispo de la catedral de Reims, en la cual se cristianó al célebre fundador de la monarquía franca, Clovis I, al que durante la ceremonia le dirigió la conocida alocución: "*Courbe la tete fier Sicambre adore, ce que tu as brule, brule ce que tu as adore*". Luego San Luis, San Dionisio y otros sagrados restos a los que seguía una efigie de la virgen guerrera Juana de Arco. Abrieron las tres grandes puertas de la fachada principal, y la procesión salió desarrollándose entre la basílica y las rejas exteriores. El Arzobispo subió a una tribuna improvisada frente a la puerta central, Monseñor Amette, estaba revestido con la gran capa de púrpura, la mitra de oro y el báculo episcopal. Al verlo, miles de bocas exclamaron ¡Viva el Cardenal! y miles de sombreros y miles de manos se agitaron.

"Mis queridos amigos, dijo Monseñor, mi voz no podrá llegar hasta los que se hallan en las últimas filas, pero mi corazón se dirige a todos. Este espectáculo extraordinario me recuerda el que se desarrolló ante mis ojos, la semana última, cuando la multitud reunida en la plaza de San Pedro, de Roma, proclamó la elección del nuevo Papa. La misma fé se lee en vuestro ojos, la misma confianza se refleja en vuestros rostros. Voy a daros la bendición Pontifical. Que ella os guarde siempre fieles a Dios y a la Patria, que ella también guarde sanos y salvos a todos los que amais y que luchan en el campo de batalla para defender nuestros altares y las casas de nuestros padres".

Enjugáronse el llanto las madres, hijas, esposas y hermanas de los combatientes, y repitieron con fervor las santas invocaciones que hacía el Arzobispo, y también con él repitieron ¡Valor y Confianza!

Todas las fiestas nacionales que se realizan en París adquieren una magnificencia imponderable; mas, cuando éstas son originadas por la piedad, el desborde de los corazones católicos no conoce límites, y la inmensidad de la multitud que acude al toque de la señorial campana del Sagrado Corazón de Montmartre, iguala a la unción de los asistentes. Los creyentes orientales, los judíos deicidas, los peregrinos ayunantes, con sus manifestaciones ostensibles de fanatismos martirizados, no sobrepasan la piedad intensa y generosa de los franceses tra-

dicionalistas que sostienen a su Iglesia con el vigor de la fe legendaria, a través de los vituperios a que la ha expuesto el atormentado espíritu modernista, sediento de innovaciones.

De estas ceremonias reveladoras de la piedad de los parisienses, poco se dice en el extranjero, preferiéndose los sucesos que se prestan a fomentar la nota disonante en la armonía de la vida familiar. Esta afición se ha extendido de tal modo, que aun en las artes, en la literatura y en la poesía, se exporta lo que se aparta de la virtud y del bien. De un autor se buscará siempre para traducirle, no su concepción más elevada, sino de preferencia las composiciones mórbidas, las que poco hablan de la sensibilidad espiritualista, y si, mucho, de las debilidades del cuerpo; no obstante, la poesía sublime y sana domina en casi todos los poetas franceses, aun en los que no son místicos. Así, si nos ponemos a buscar el alma idealista a través de la poesía francesa, me atrevo a decir que la hallaremos siempre. Entre las traducciones castellanas aparece un modelo de este género del Dios del Parnaso moderno, Edmundo Rostand, titulada "La Capilla".

No menor sublimidad encierra la bellísima del admirable poeta Baudelaire. "Elevación" y la del elegante y distinguido vate Sully Prudhomme "Las Hilas" que revela un sentimiento de conmiseración humana ajeno a todo odio, a todo rencor, simbolizado por la Cruz Roja, y que habla muy alto a favor de la noble alma de Francia.

Antes de terminar esta Conferencia recordaré, con el poeta de las ternezas elegantes, que la Cruz Roja es una institución internacional y humanitaria por excelencia, cuya insignia es una Cruz, porque ante ella todo cristiano arrodilla el alma reverente por el sublime martirio que recuerda de redención y de dolor divino y humano. Y si el sacrificio desgarrador y sangriento del Gólgota no bastase a mover a la piedad al hombre, habría que exclamar con nuestro maestro de místicos idilios Fray Luis de Granada: "¿Qué ama quién a esta bondad no ama?".





Poesías declamadas en la Conferencia

**LA FRANCIA RELIGIOSA**



### Baladas Bretones del Siglo IX

La yerba de oro está cegada; cayó la niebla de improviso. ¡Batalla!

—Está cayendo la niebla, decía el gran padre de familia, situada en la cumbre de las montañas de Arez:—¡Batalla!

Está cayendo la niebla hace tres semanas, cada vez con más fuerza, por la parte del país de los Francos.

De modo que no puedo ver a mi hijo, que está de retorno.

“Buen mercader, que recorres el país, ¿sabes de mi hijo Karo? Quizá, anciano padre de Arez. Pero. ¿Qué señas me dais de él? ¿En qué se ocupa?”

Es un hombre de juicio y de corazón; fué a conducir los carros a Rennes;

A conducir los carros a Rennes, tirados por caballos enyugados de tres en tres.

Que llevan, sin fraude, el tributo de la Bretaña, dividido entre ellos.

—Si vuestro hijo es portador del tributo, en vano le esperais.

Cuando se trató de pesar la plata, se vió que faltaban tres libras de ciento.

Y el intendente dijo: “Tu cabeza ¡Oh vasallo! completará el peso”.

Y sacando la espada, cortó la cabeza de vuestro hijo.

Después la cogió por los cabellos, y la arrojó en la balanza.

A tal noticia; el anciano padre de familia se sintió desfallecer.

Cayó sobre la piedra como un cadáver, cubriéndose el rostro con los cabellos blancos.

Y con la cabeza entre las manos exclamó gimiendo:—¡Karo! ¡hijo mío! ¡Pobre hijo mío!

## II

El gran padre de familia camina seguido de sus parientes.

El gran padre de familia se acerca a la casa fuerte de Nomenoé.

“Dime, portero principal ¿está en casa el amo?”

Esté o no esté el Señor le conserve en buena salud.

## II

Mientras el portero se expresaba así, entró en la casa el amo.

Que venía de cazar, precedido de grandes perros saltando.

Aún tenía el arco en la mano, y un Jabalí en la espalda.

La sangre tibia, aún viva, corría por su mano blanca desde la boca de la fiera.

—¡Buenos días, buenos días, dijo, honrados montañeses, y antes a vos, gran padre de familia!

—¿Qué hay de nuevo? ¿Necesitais algo de mí?

—Venimos para saber de vos, si hay justicia en la tierra, si hay un Dios en el cielo y un Jefe en Bretaña.

—Hay un Dios en el cielo, yo lo creo; y un Jefe en Bretaña, si yo valgo.

—Quien quiere puede.—Quien puede expulsa al Franco.

Expulsa al Franco, defiende a su país, le venga y le vengará.

Vengará a vivos y muertos; a mí y a mi hijo Karo.

A mi pobre hijo Karo, a quien decapitó el Franco excomulgado.

A quien decapitó en la flor de la juventud; y cuya cabeza rubia como el mijo, fue arrojada en la balanza para completar el peso.

Y el anciano prorrumpió en llanto; descendiendo las lágrimas por sus canosas barbas.

Sobre la cual brillaban, como gotas de rocío sobre un lirio al nacer el Sol.

En cuanto Nomenoé vió esto, pronunció un juramento terrible y fatal.

—Juro por la cabeza de este jabalí y por la flecha que le traspasó, que antes de limpiar la sangre que mancha mi mano, habré curado la herida de mi país.

## III

Nomenoé hizo lo que ningún otro jefe ha hecho;

Fué a orillas del mar con sacos para recoger guijarros,

Guijarros que ofrecer en tributo al intendente del rey Calvo (Carlos el Calvo).

Nomenoé hizo lo que ningún otro jefe había hecho;

Puso herraduras de plata a su caballo, y lo herró al contrario.

Nomenoé hizo lo que ninguno hará jamás;

Fué a pagar el tributo en persona, no obstante su calidad de príncipe.

—Abrid de par en par las puertas de Rennes decía a fin de que yo entre en la ciudad.

Soy Nomenoé, que vengo con carros llenos de plata.

—Desmontaos, señor; entrad en el castillo, y dejad vuestro carro en la cochera;

Dejad vuestro blanco caballo a los escuderos, y subid a cenar.

Subid a cenar pero antes venid a lavaros:

¿No ois la corneta que llama a lavarse las manos?

—Me las lavaré dentro de un instante, Señor, cuando se haya pesado el tributo.

El primer saco que se llevó estaba bien liado.

El segundo saco que se pesó, se encontró que tenía su peso.

Al pesarse el tercero: “Hola, hola, no tiene el peso”.

Dijo el intendente, y alargó la mano al saco,

Tomó vivamente el nudo, y se esforzó en desatarlo.

—Esperad, Señor Intendente, esperad; lo cortaré con mi espada.

Y al concluir la frase, su espada estaba ya desnudada.

Y con ella hirió junto a los hombros la cabeza del Franco inclinado.

Cortando carne y nervios, y además una cadena de la balanza.

La cabeza cayó en el plato con la que se completó el peso.

Pero cundió un gran rumor por toda la ciudad.—Que se detenga; que se detenga al asesino.

Ved que huye, ved que huye; llevad antorchas; corramos tras él.

Llevad antorchas y acertareis.—La noche está obscura, y el camino lleno de nieve.

—Me temo mucho que echeis a perder vuestros zapatos en perseguirme.

Vuestros zapatos de cuero azul dorado.—En cuanto a vuestras balanzas no la usareis más;

No usareis más vuestras balanzas de oro en pesar las piedras de los Bretones. ¡Batalla!

## DE EDMUNDO ROSTAND

### LA CAPILLA

Sé de una capilla pulcra y elegante  
donde a media noche, feliz y triunfante,  
yo la condujera, trémulo de amor,  
luciría el ara transparentes blondas;  
el incienso, al cielo subiría en ondas;  
cubriría el piso deshojada flor.

Sobre fondo de oro, las Madonas puras  
alzarían pálidas hacia las alturas  
la mirada, en éxtasis de fé y de piedad;  
los parpadeantes, pequeñuelos ojos  
de los blancos cirios, titilando rojos,  
resplandecerían en la obscuridad.

Resplandecerían entre las guirnaldas  
que, vistiendo el coro con flotantes faldas,  
gruta fingirían de fresco verdor;  
setos de azaleas y de rosal blanco  
a los dos consortes dieran paso franco  
formando un florido y amplio corredor.

Serían las flores todas olorosas,  
nardos y violetas, jazmines y rosas,  
muchas azucenas, mimosas también.  
Seguiría el órgano, sonando muy piano,  
cual soplo de brisa que se oye lejano,  
de los incensarios el blando vaivén.

Un coro invisible lento cantaría  
una religiosa, dulce melodía  
que llegase apenas al sagrado altar;  
mezclando el incienso, su esencia, a las flores,  
perfumes nos diera tan embriagadores  
que nos causaría tierno desmayar.

Ella ostentaría, como nupcial velo,  
dando marco de oro a su faz de cielo,  
suelos los cabellos, que yo aún no besé.  
Para que se cumplan mis votos de amante,  
sé de una capilla pulcra y elegante.....  
pero de la esposa que amo, nada sé.

Por que es un soñado país fabuloso  
donde mi adorada luce el rostro hermoso  
de celeste virgen entre olas de tul;  
el país lejano de la Francia,  
al cual no ha llegado nadie todavía  
y en donde florece la camelia azul.

## DE SULLY PRUDHOMME

### LAS HILAS

La noche es obscura y triste.  
Juana, con los ojos fijos,  
un trapo está deshilando  
para los pobres heridos.

Ayer se ausentó su novio  
en busca del enemigo;  
todos los hombres de casa  
con él también han partido.

El cañón próximo suena,  
y a sus broncos estampidos,  
pobres y hambrientos los pueblos  
contestan. "¡No nos rendimos!"

Leantas van las horas: Juana,  
después de un trabajo asiduo,  
siente cansadas las manos,  
y se duerme sin sentirlo.

Apenas su labor santa  
el cansancio ha interrumpido,

"Te ayudaré: nuestra sangre  
no es de colores distintos;  
pues que las dos suspiramos,  
juntemos nuestros suspiros".

oye llamar a la puerta  
con golpes blandos y tímidos.

En el umbral una joven  
aparece de improvviso:  
va enlutada; es rubia y pálida;  
sus ojos, dulces y límpidos.

—“No temas, le dice; mira  
la Cruz Roja, santo símbolo.  
Quién soy y de dónde vengo,  
al punto voy a decírtelo.

“Es Margarita mi nombre;  
de allá, del Rhin, he venido;  
amo a un valiente, a un patriota;  
tus afanes son los míos.

“Nos hermanan nuestros años  
nuestras penas y delirios,  
dejemos a los que luchan  
rencores y odios inicuos.

Así dice sollozando,  
y ya sus dedos solícitos  
un trapo están deshilando  
para los pobres heridos.



## DE SULLY PRUDHOMME

### LAS HILAS

La noche es oscura y triste.  
Juana, con los ojos fijos,  
un trapo está deshilando  
para los pobres heridos.

Ayer se ausentó su novio  
en busca del enemigo;  
todos los hombres de casa  
con él también han partido.

El cañón próximo suena,  
y a sus broncos estampidos,  
pobres y hambrientos los pueblos  
contestan. "¡No nos rendimos!"

Lentas van las horas: Juana,  
después de un trabajo asiduo,  
siente cansadas las manos,  
y se duerme sin sentirlo.

Apenas su labor santa  
el cansancio ha interrumpido,

"Te ayudaré: nuestra sangre  
no es de colores distintos;  
pues que las dos suspiramos,  
juntemos nuestros suspiros".

oye llamar a la puerta  
con golpes blandos y tímidos.

En el umbral una joven  
aparece de improviso:  
va enlutada; es rubia y pálida;  
sus ojos, dulces y límpidos.

—“No temas, le dice; mira  
la Cruz Roja, santo símbolo.  
Quién soy y de dónde vengo,  
al punto voy a decírtelo.

“Es Margarita mi nombre;  
de allá, del Rhin, he venido;  
amo a un valiente, a un patriota;  
tus afanes son los míos.

“Nos hermanan nuestros años  
nuestras penas y delirios,  
dejemos a los que luchan  
rencores y odios inicuos.

Así dice sollozando,  
y ya sus dedos solícitos  
un trapo están deshilando  
para los pobres heridos.

